

*Le Disciple* por P. Bourget.—Reservándonos para más tarde, por encajar perfectamente en nuestro propósito de hacer seguir á los lectores de la *Revista* el movimiento literario general, en sus más salientes manifestaciones, un estudio sobre Bourget, que personifica en una de sus faces más interesantes las tendencias de la flamante escuela psicológica, aplicada al arte de hacer novelas, nos apresuramos á señalar *le Disciple* á cuantos siguen de cerca la evolución hacia un ideal superior y humano, del naturalismo en Francia. Un joven discípulo de un filósofo eminente y fundamentalmente descreído, se propone para hacer una gran experiencia psicológica, seducir á una joven pura y buena. Lo consigue y pactan morir juntos; ella se propina un veneno; él no; la experiencia esta consumada. Acusado de haber dado muerte á su amante, guarda silencio ante el jurado y ante la acusación del hermano de su víctima, á quien ésta encargó su venganza.

El joven profesor (es un profesor naturalmente) ha enviado su confesión completa á su maestro. Este se llena de tribulación y espanto. ¿Cómo han podido sus doctrinas, simples lucubraciones intelectuales, producir tanto mal? Es culpable el maestro. ¿Es culpable el inventor de la dinamita de tan horrendas aplicaciones que suelen hacerse de ella? Hé aquí el problema.

Por fin el jurado conoce la verdad y absuelve al profesor; el hermano de la pobre joven seducida lo mata de un pistoletazo. Este es descarnado y desdado de todas las delicadezas de observación y de estilo, suprimiendo los infinitos matices de este drama, la obra de Bourget, una de las más notables de la escuela contemporánea y que el inflexible crítico de la *Revue des deux mondes*, califica de una excelente obra y de una buena acción.

## MEXICO A TRAVES DE LOS SIGLOS.

[Cinco vols. in folio., edición ilustrada.—Barcelona.—México.—Ballecá y Comp.]

En el mes que corre se han distribuido los últimos cuadernos de esta obra monumental que hace honor, en toda la fuerza de la palabra, á la producción catalana de impresiones artísticas, al espíritu de empresa del Sr. Ballecá y á nuestros amigos é ilustrados colaboradores los Sres. Riva Palacio, Chavero, Zárate, Olavarría y Vigil, redactores de los sendos volúmenes que la componen. Bajo el aspecto artístico es ciertamente una incomparable colección de vistas de ruinas, de monumentos, de paisajes, de tipos nacionales y de retratos de personajes que de cerca ó de lejos se han mezclado á la historia de nuestro país. En muchos años no podrá intentarse cosa igual, aun cuando hubiese elementos para modificar ó perfeccionar la preciosa galería formada por la parte ilustrada de los cinco enormes tomos en que nos ocupamos. No que todo sea irreprochable en la ilustración, casi siempre limpia y hermosa en la parte grabada en el texto mismo, mas bastante desigual en las láminas en color, sobre todo en las que tienen pretensiones de composición artística. En cambio, hay algunas planchas grabadas que son la perfección misma como los retratos de los generales presidentes Arista y Porfirio Díaz; no se puede pedir al grabado en acero una reproducción más exacta, más viva, más fina del rostro humano.

No conocemos las últimas oleografías tomadas de cuadros compuestos con episodios de la conquista que constituyen el obsequio final á los suscritores de la obra; nada pues podemos decir de su mérito. Y ya que tratamos de lo que se refiere á los editores, que, en verdad, han realizado su empeño con un valor y una habilidad superior á todo encomio, séanos permitido formular el deseo de que la misma obra, con toda la ilustración intercalada en el texto, se publique en una segunda edición pequeña de forma, aun cuando quede distribuída en quince ó veinte volúmenes, pero que sea fácil de manejar; las obras que necesitan para leerse de un atril ó una mesa, se leen poco; quienes no

hayan tenido la precaución de leer por entregas estos inmensos libros de 800 páginas, cuando menos, renunciarán al gusto de hacerlo, una vez empastados, á menos de dedicar á tan trabajosa tarea tres ó cuatro años. Lo que proponemos á los editores, es lo mismo que han hecho con la gran edición de la *Historia de España* de Lafuente, los Sres. Montaner y Simón, alcanzando un buen éxito completo.

La *Revista Nacional* tratará de emprender el análisis de aquel vasto trabajo histórico, con todo el detenimiento que exigen sus proporciones y el indiscutido mérito de sus autores. Por ahora nos contentaremos con resumir rápidamente nuestra impresión general. A pesar de haber sido encomendada á escritores de marcada personalidad literaria, y, por consiguiente de estilo, tendencias y puntos de mira diversos, no hay duda que existe en toda la obra cierta unidad de espíritu, un *consensus* constituido por la identidad de opiniones patrióticas y liberales de sus autores y por la intención sana de aplicar á nuestra historia nacional un criterio desapasionado é imparcial.

Al Sr. Chavero cupo en suerte, por sus conocimientos arqueológicos, la primera parte de nuestra historia, la anterior á la conquista, la que se ocupa en la procedencia de los diversos grupos que se establecieron en la futura Nueva España, de los orígenes y desenvolvimiento, de los caracteres y diferencias, de las luchas y fusiones de las civilizaciones aclimatadas entre el mar Caribe y el mar de Cortés. Dejando á un lado los errores posibles é inevitables en obras de tamaño aliento, puede afirmarse que cuanto de sustancial é importante se conoce sobre estas épocas muertas, está ahí y está ahí relatado en un estilo superiormente literario y florido, elocuente con frecuencia, pocas veces retórico y declamatorio. El apasionado amor con que el eminente académico ha estudiado estas épocas que tanto cautivan por lo grandioso de sus vestigios artísticos, por el misterio de sus monumentos epigráficos; el eco lejanísimo de los dramas en que tomó forma el advenimiento, el apogeo y la muerte de los pueblos que en ellas se movieron, dá á la vivaz palabra del narrador tonos apocalípticos. Así planteado adquiere poderoso relieve el problema de los nebulosos orígenes americanos, y agigántanse en los términos más retirados de la perspectiva histórica los lineamientos de las civilizaciones ante-cristianas de este continente, lo que comunica á los lectores esa emoción singular que en presencia de las ruinas de la antigüedad mexicana se resiente. Taine afirma que un historiador completo, debe, en cierto modo, ser un poeta: lo es el

Sr. Chavero, sin duda alguna. La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo, fluyen de sus cualidades de poeta. Mas de allí vienen también, y este es el defecto de la cualidad, la facilidad de inferir en grande de premisas ó muy vagas ó muy pequeñas, de edificar hipótesis atrevidísimas sobre frágiles bases, y en suma la tendencia de imaginar la historia ahí donde falta el dato concluyente, y la tentación de tomar las simples probabilidades por hechos ciertos.

Hemos de empeñarnos en probar en estudios especiales que alguna vez son justos estos reproches, de que ningún historiador poeta se ha zafado. Mas á pesar de ello, repetimos que en el primer tomo de *México á través de los siglos*, queda coordinado cuanto de allende la conquista se sabe, y algo más, algo tal vez, discutible y problemático. Llegando á tiempos más conocidos, el Sr. Chavero se mueve con perfecta facilidad y maneja el dato y el documento con admirable destreza, aunque siempre inclinándose á hacerles decir algo nuevo, á encontrar en ellos lo que los otros no han encontrado. Después de la narración de la conquista de nuestro inolvidable Orozco y Berra (*Historia Antigua y de la Conquista de México*, tomo IV) para referirnos á los contemporáneos solamente, era bastante difícil hacer algo mejor ó más interesante; el Sr. Chavero lo ha hecho diversamente, se ha colocado en otro punto de vista y ha salido muy airoso de un empeño en que ha apurado su talento y su arte. Y este es el caso de felicitarlo por haber dado á la conquista, considerada desde lo alto y en conjunto todo su valor, y de no haber rendido parias á la escuela que con un criterio que puede ser muy patriótico, pero que por apasionado es perfectamente extraño á la ciencia, niega lo que hay de grande en la personalidad de Cortés (mezcla de vicios y cualidades extraordinarios, como tantas veces las hubo en el siglo XVI) y, lo que es más grave, pretende rebajar la importancia suprema de la obra de los conquistadores, punto de partida de la sociedad mexicana. Y para cerrar con una pequeña *chicana* éste, que no es por cierto un juicio crítico sino un breve conjunto de reflexiones nacidas de la primera lectura, permítannos los historiadores de *México á través de los siglos*: (porque la crítica no va solamente enderezada al Sr. Chavero) que extrañemos el sistema de incorporar el aparejo erudito, la documentación solo propia de apéndices, los *excursus* ó disertaciones complementarias, en el texto mismo. Esto tras de fatigar al lector, es un grave defecto de composi-

ción. Los resultados sustanciales en el texto, las referencias y las indicaciones indispensables en las notas, el material importante que ha servido para el trabajo, en los apéndices, este es el buen sistema, perfectamente conocido de los autores á quienes nos dirigimos. Por no haberlo empleado, obligados quizás por exigencias editoriales, resulta que la obra parece un edificio al que se hubieran dejado los andamios.

La parte encomendada al Sr. Riva Palacio era quizás la más importante de todas, aunque la menos dramática y pintoresca. Los tres siglos del gobierno colonial exceptuadas sus dos extremidades, la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la gran insurrección de 1810, son monótonos, áridos, la historia en ellos tiende á retrogradar hacia la crónica y la crónica á pulverizarse en efemérides; sólo un esfuerzo superior podía extraer del hacinamiento de materiales referentes á la vida superficial de la sociedad y al movimiento uniforme del mecanismo administrativo armado aquí por España, una buena narración explicada de los sucesos, una regular historia pragmática, en suma. Hombre capaz de ponerse á la altura de cuanto emprende, lleno de entusiasmo y de fe, cualidades que suelen negarse á la familia mestiza de la que el Sr. Riva Palacio es uno de los más conspicuos representantes, familiarizado con todas las disquisiciones de la ciencia, artista por instinto, filósofo por insaciable y desordenada curiosidad, como la de todos nosotros los hispano-americanos, no podía contentarse con un trabajo que en los límites que hemos apuntado, tenía que ser de segunda mano. Otra era visiblemente su ambición; penetrar en las causas de los fenómenos históricos, analizar sus elementos, seguir en sentido inverso su evolución hasta llegar de una en otra capa social hasta la roca étnica primitiva, mostrar luego cómo y en qué dosis se conjugaron estos elementos para producir la sociedad actual, marcar las etapas laboriosas de esta evolución, trazando á grandes rasgos al fin de cada período, el cuadro de nuestro estado intelectual, moral y económico, relacionarlo todo con la historia de la metrópoli, tal era el plan de la obra. Entonces bajo la dormida superficie del lago, se descubre la vida intensa de los organismos inferiores, se ven flotar las raíces de la planta colonial, aspirando todos los jugos, asimilándose todos los gérmenes, y el drama humano se revela en la sombra con algunos de sus más conmovedores caracteres.

Nadie dudaba que el Sr. Riva Palacio fuese capaz de llevar á buen término tamaña empresa; á pocos entre nosotros les conocemos aptitu-

des más propias para ello; tampoco diremos que su programa haya quedado plenamente realizado; hay, en verdad, aquí y allí capítulos magistrales, aquí y allí el historiador ha mostrado de lo que es capaz manipulando el documento, clasificando el hecho y haciendo hablar á entrambos el verbo de la verdad y la vida; los capítulos sobre la propagación del cristianismo, sus consideraciones sobre la inquisición, algunos trozos de sus cuadros seculares pueden contarse entre lo mejor que la literatura histórica en América ha producido. La introducción, que nosotros vimos escribir, no encierra por cierto gran novedad, sino bajo la pluma de un neo-mexicano, por la soberanamente justa apreciación que hace de la gran Isabel de Castilla y por lo bien que el siglo XVI parece sentido y comprendido por su autor.

En cambio todo el libro se resiente de cierta rapidez en la ejecución, de cierta facilidad improvisadora, que quita un poco de lastre á las teorías, hace inseguro el método empleado y suele inspirar desconfianza respecto de las conclusiones. No seremos nosotros quienes reprochemos al autor cierto alarde de erudición científica; al contrario cuando esto se hace con sinceridad y sin pedantería, y nada menos pedante aun por temperamento, que el Sr. Riva Palacio, sirve para orientar al lector poniendo de manifiesto los fundamentos del criterio del historiador. Nos atrevemos, sin embargo, á sentir que haya cierto sabor de asimilación incompleta en algunos capítulos de las digresiones étnicas y antropológicas del libro y alguna precipitación en las aplicaciones. Así y todo, esta parte de la obra, sobre la que procuraremos luego ser más explícitos, es, en conjunto, enteramente superior á cuantas historias de la edad colonial conocemos.

Aun no hemos tenido vagar para leer el voluminoso tomo (3º de la colección) que consagra á la Independencia el Sr. Zárate. Jueces competentes nos aseguran que es lo más ordenado, lo más serio y correcto que ha producido su autor, cuya reputación, tiempo hace adquirida, de escritor de terso y elevado estilo, la *Revista* ha confirmado publicando un notable y concienzudo estudio sobre el admirable y batallador asceta que se llamó Gregorio VII.

El período que baja de la consumación de la Independencia al triunfo de la revolución de Ayutla, está muy bien narrado en el IV volumen. Al que esto escribe hizo el favor de pedirle el Sr. Riva Palacio, director general de la obra, la redacción de esta parte; la tarea nos pareció abrumadora para el corto tiempo de preparación que las necesi-

dades de la empresa exigían y declinamos la honrosa proposición. El Sr. Arias, distinguido escritor y liberal meritísimo podía contar aquella época con sólo apelar á sus recuerdos personales. Desgraciadamente murió cuando apenas había trazado los primeros capítulos del susodicho cuarto volumen. Un literato español, fraternalmente unido al grupo de jóvenes que hace veinte años empujó á la vida literaria el poderoso aliento de Altamirano, y que llegó á la plenitud de sus facultades aquí en nuestra Patria, aclimatando para siempre en ella su espíritu y su corazón, D. Enrique de Olavarría fué el encargado de dar cima á la temerosa labor. Con el nombre de Eduardo Ramos, publica desde hace algunos años en el género de los famosos Episodios de Pérez Galdós una serie de novelas históricas mexicanas bastante populares. Olavarría conoce nuestra historia y la sabe explicar porque la ha meditado y comprendido. Maravilla cómo en el breve tiempo de que podía disponer pudo allegar buena copia de datos importantes, algunos desconocidos y que tanto le han servido para dar variedad y dramático interés á su narración. El espíritu dominante en el libro es profundamente, íbamos á decir exajeradamente mexicano, este mexicanismo es eminentemente latino, como era natural, como era justo. De aquí un odio altivo, hacia todo cuanto á *yankée* trasciende desde los primeros años de nuestra existencia nacional, de aquí la patética relación de las tristes campañas del 47. y 48.

El Sr. Olavarría no oculta sus simpatías por el partido reformista avanzado y aunque procura ser imparcial y mostrar sus errores, éstos, en su concepto, desaparecen ante los de las otras fracciones políticas. ¡Cosa singular! El verdadero objeto de las iras del autor es *el partido moderado*; lo persigue y zahiere sin descanso á través de su obra, desde la ojeada retrospectiva del capítulo XVII en que rehace, en puridad, la parte escrita por el Sr. Arias, cosa que era indispensable, á nuestro entender, hasta las últimas páginas del libro: de ellas tomamos estas palabras que entrañan una apreciación eminentemente discutible, pero que pintan bien el espíritu que domina en el historiador: "No fué tanto (en la revolución de Ayutla) el mérito de Comonfort, á quien nadie podrá jamás salvar de la nota de haber expuesto á un absoluto fracaso á la Revolución de Ayutla con sus tendencias é ideas moderadas y no las liberales democráticas....."

La oposición de ideas entre los moderados y los exaltados que indica el autor, no nos parece exacta; la diferencia solamente consistía en me-

dios y procedimientos; hombres de teoría y de estudio, los moderados, se fijaban en la necesidad de retardar la marcha del progreso político para consolidarlo, mas no contaban con la actitud revolucionaria del partido reactor y tuvieron que ceder el puesto á los hombres de acción, á los radicales, cuyo programa tenía la ventaja de presentar una pronta solución económica y social á nuestro problema político. Por lo demás, en nuestra tremenda revuelta de medio siglo, todo tendía á confundirse y no hay límite rigurosamente demarcable entre los credos políticos liberales, ni menos entre la acción de los caudillos y estadistas. Esta política que el Sr. Olavarría llama *moderada*, fué la de muchos hombres de todos los bandos cuando estuvieron en el gobierno, no fué la de ninguno en las horas de combate, en que se dejó la palabra á los cañones.

No importa; en el tomo IV de *México á través de los siglos* yacen organizados datos preciosos y abundantísimos sobre este período de transición, tan interesante, tan curioso, tan obscuro de nuestra historia; ningún futuro historiador de México podrá eximirse de consultarlo, ninguno, tampoco, escatimaré sus homenajes al mérito de su inteligente y modesto autor.

El tomo V, al Sr. Vigil encomendado, es bajo todos aspectos el más considerable de la colección; el más considerable y el más interesante porque nos toca más de cerca, porque el autor narra una historia en la que vivimos todavía, puede decirse, y en la que existen las causas inmediatas y determinantes de los sucesos de hoy. En él ha desplegado el Sr. Vigil todos los recursos de su talento, de su saber y de su estilo, y de hoy en adelante podrá decirse que el gran período de la Reforma ha encontrado un historiador digno de él.

Las dificultades eran magnas; dejando á un lado, las que provienen de la casi imposibilidad de depurar rigurosamente los hechos, porque aún no se conocen documentos importantes, que dormirán mucho tiempo todavía en los archivos reservados de los gobiernos y los particulares, las dificultades del orden psicológico son bastantes á exigir un esfuerzo extraordinario en quien se proponga debelarlas; la falta de perspectiva histórica, que nos expone á confundir en el escenario contemporáneo los términos de los acontecimientos y de las personalidades de nuestro tiempo, dando el mismo valor á los que pertenecen á distintos órdenes de importancia es una de estas dificultades. El Sr. Vigil no la ha superado con igual felicidad siempre: así, por ejemplo,

nos refiere minuciosamente los detalles de las campañas sostenidas en el Occidente de la República durante los Tres años y la Intervención, con excepción de su más glorioso episodio, la batalla de San Pedro, á la que consagra pocas líneas. Pues bien, estos detalles no por ser interesantes, merecían figurar más que en menciones rápidas, las necesarias para llegar á resultados generales propios de un libro del carácter de este en que nos ocupamos, que por lo vasto de su plan estaba obligado á sacrificar mucho. Su ilustrado autor suele olvidar que, como Montesquieu dijo, *qui voit tout abrège tout*. Otra, la mayor de estas dificultades y del mismo género que las que Spencer analiza por superior manera en su *Introducción á la ciencia social* (cap. VI á XII) es la que vulgarmente se designa con el nombre, muy adecuado por cierto, de *espíritu de partido*. Si el historiador trata de buscar la verdad, si quiere hacer obra de ciencia, necesita despojarse de toda pasión extraña á la de la verdad, que ésta sí la necesita y en grado heroico, precisamente para eliminar las otras. Tratándose de los hechos que hemos visto y vivido como los franceses dicen, en los que hemos representado un papel, que han dejado en nuestros recuerdos huellas de entusiasmo los unos y de dolor y lágrimas los otros ¿es esto hacedero, no es casi sobrehumano?

El tomo V de *México á través de los siglos* es el tipo de la historia política. Esto lo dice todo. Pedir á los hombres que se agitan en la complicada maraña de las sociedades modernas, que ven comprometidos todos sus ideales en las luchas civiles, la serenidad marmórea de un Tucídides, es injusto y es inútil. Quien busque esto en un libro de historia contemporánea, prescinda de leer el del Sr. Vigil. Es natural que al presentarnos redivivos los hombres y los sucesos en medio de los que pasó su juventud, que lo hicieron ó sufrir ó regocijarse intensamente, como pasa en las épocas críticas, como sucedió en la de la Reforma y la Intervención, es natural, decimos, que al esfuerzo de evocación se asocie involuntariamente la resurrección de las pasiones, y que las brasas escondidas en el rescoldo de la memoria, tornen á encenderse y á llamear. No sé quién ha dicho que el estilo del Sr. Vigil es frío; esto no es cierto, es correcto, atildado nunca, pero á menudo caliente, suele llegar al rojo-alambrado, en este V tomo. Este es el modo adoptado por muchos historiadores de la Revolución Francesa, por ejemplo, que tiene el don de caldear todo corazón y fundir todo hielo; y esto no sólo sucede á los escritores que pertenecen á la escuela

racionalista y espiritualista como el Sr. Vigil, sino aun á los que están afiliados y llevan la bandera de la escuela científica é histórica; así Taine, en su afán de desprenderse de todo prejuicio respecto de la Revolución y de analizarla á fondo hasta llegar á la verdad en los cimientos de aquel edificio, en donde junto con tanto error, hubo tanto de verdad humana, acaba por volver de la realidad á la pasión en contra del movimiento revolucionario, descuidando, al rehacer la síntesis de la obra descompuesta en sus elementos primordiales, algunos de los más trascendentales, como la situación exterior de Francia; de donde resulta algo de verdadero, de definitivo en partes, y un todo radicalmente deficiente y frustráneo.

La obra nacional de que hablamos es el proceso implacable, bajo una forma cortés, del partido reaccionario é imperialista en México. El autor no es un juez, es un acusador, un representante de la *vindicta pública*, como se decía en el añejo idioma criminalista, y su conclusión breve y despiadada se infiere rectamente de premisas en que no figura una sola circunstancia atenuante.

¿Es esto justo? *Ai posteri l'ardua sentenza*, que dijo Manzoni, Ante esta formidable imputación, quisiéramos ver producirse en la facción vencida una obra en que el mismo período en que el Sr. Vigil se ocupa, fuese tratado muy en grande; no un folleto polémico, sino una historia orgánica y formal, que saliera de las filas del grupo que cuenta entre los suyos hombres de erudición, de inteligencia y de conciencia, como los García Icazbalceta y los Roa Bárcena, muy capaces de dar cima á tanta empresa; á ellos vendrían documentos y notas de que difícilmente podemos disponer los escritores liberales; de todo ello nunca podría resultar que de parte de los reaccionarios estuvo la razón y la justicia, pero sí muchas rectificaciones y muchos motivos de meditación, entre ellos, el de que todos los partidos han cometido terribles errores, y que en el amor á la patria, todos podemos encontrar no la conciliación de las ideas, irrealizable utopía, pero sí la paz entre los sentimientos; sería una desgracia inmensa que esto fuera imposible.

Nuestra impresión, en resumen, respecto de *México á través de los siglos* es, en dos palabras, la siguiente: la obra representa el estado actual de nuestros conocimientos respecto de la historia de nuestro país; marca el fin de un período de trabajos; en muchos años, lo repetimos, nada igual podrá intentarse siquiera. Después de un cuarto de siglo de

analizar las épocas y los hombres que viven en nuestra historia, aplicando los modernos métodos de investigación y examen, después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera rehacerse una obra que resultaría no mejor, tal vez, pero de seguro diferente.

Ojalá para empresas de este género, los futuros historiadores mexicanos, encontrasen editores tan inteligentes y tan valientes como los de *México á través de los siglos*.

JUSTO SIERRA.

## UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Concluye.]

Nunca, en efecto, se había elevado á tanta altura como entonces la autoridad del pontífice romano: Gregorio VII, después de la célebre entrevista de Canossa, revela en sus palabras y sus hechos la ambición de sujetar todos los poderes de la tierra al dominio de la Santa Sede. “La Iglesia—dice en sus epístolas—debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna desde la tierra..... Conviene, pues, que el pontífice arranque á los ministros del altar de los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados..... Hállase el mundo alumbrado por dos luminaires, el sol, que es el mayor, y la luna, más pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real á la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino por el papa, que emana de Dios. Por consiguiente, el poder de la cátedra de Roma es mucho mayor que el de los príncipes, y el rey está sometido al papa, y le debe obediencia..... Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos

“espirituales y temporales..... La Iglesia romana como madre manda á todas las iglesias y á todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, obispos, abades y demás fieles. En virtud de su autoridad puede instituirlos ó depurarlos, y les confiere el mando, no para que les sirva de título de gloria, sino para la salvación del mayor número..... Del jefe deben partir la regeneración y la reforma; es deber suyo declarar la guerra al vicio, extirparlo, echar los cimientos de la paz del mundo, y prestar fuerte ayuda á los que son perseguidos por la justicia y la verdad.”

Estas máximas, difundidas en los escritos del famoso pontífice, resumen su arrogante sistema de dominación, ampliamente desarrollado en las veintisiete declaraciones de su *Dictatus papæ*,<sup>1</sup> las cuales deben considerarse como la base teórica de la autocracia por él concebida. Sus actos, á partir de la humillación que sufrió el emperador de Alemania, se ajustan á tales principios, y se le ve empeñado en la tarea de constituir á la Santa Sede árbitra de los destinos del universo y de transformar al mundo en una gran monarquía, cuya cabeza fuese el mismo romano pontífice. Sostuvo que la Sajonia había sido dada á la Iglesia por el emperador Carlo-Magno; invocó un diploma de este monarca, que decía poseer en los archivos de San Pedro, para exigir tributos á Felipe I de Francia; interpúsose entre los dos aspirantes á la corona de Hungría intimándoles que sometiesen sus sendas pretensiones al juicio y decisión de la curia romana; amenazó á los soberanos de Cerdeña con dar su isla á los conquistadores que se la pidiesen, si persistían en negarle el denario de San Pedro; alegó derechos de soberanía sobre la Dalmacia; hizo que el heredero del trono de Rusia, llevado á Roma por el deseo de visitar los sepulcros de los dos apóstoles, recibiese la corona de sus manos como don de la Iglesia; y envió sus legados á Polonia, Inglaterra, Dinamarca y hasta la apartada Noruega con la instrucción de convocar concilios y de afirmar en aquellas remotas naciones la autoridad de Roma.

Extraño hubiera sido que este inmenso esfuerzo de expansión dominadora y autocrática no alcanzase al pueblo de Occidente que más

<sup>1</sup> Algunos escritores eclesiásticos han negado la autenticidad del *Dictatus papæ*; el jesuita Felipe Labbe, autor de la obra *Conciliorum collectio maxima* lo comprende en las páginas 110 y 111 del tomo X, edición de 1672. Cantú, al publicar las declaraciones del *Dictatus papæ* dice lo siguiente: “Acaso no sean auténticas, pero encierran el espíritu de los actos de Gregorio VII y de los de sus predecesores.” (Nota en la página 588, tomo III de la *Historia Universal*, edición de París, 1881).